

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

es

La Novela Semanal Cinematográfica



Hijas
de Eva

por
Amy Badro

50 cts.

PROPAGANDA

LAMAC, Carl

Novela de
Rosa Pascual



BIBLIOTECA

Las Grandes Películas

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Telef. 1861

*Evas Töchter, 1927/28

Hijas de Eva

Sugestiva comedia con toques sentimentales

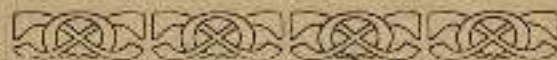
Interpretada por
ANNY ONDRA



EXCLUSIVA DE

Importaciones Cinematográfica, S. A.
Aragón, 252 — BARCELONA

*Screen "Series" Germany: 107, 270.
392



Hijas de Eva

Argumento de la película

Nuestra madre Eva era completamente feliz y despreocupada. Y es que en el Paraíso terrenal no había modistos ni joyeros...

En cambio, las Evas de hoy sueñan con un Paraíso de sedas y brillantes... y por alcanzarlo, mientras unas se afanan en el trabajo, otras emprenden rutas más agradables, aunque más peligrosas.

En el tablado escénico, entre bambalinas engañosas y reflejos multicolores, se desenvolvía la vida de Nina Laval, una Eva moderna, famosísima estrella de la danza, en pleno triunfo de belleza y arte.

Todas las noches era ovacionada por millares de personas, seducidas por el maravilloso encanto de sus gracias. Luego preten-

dían verla en su camarín numerosos admiradores, dispuestos a darle regalos y a ofrendarle un tentador porvenir.

El "castigador" de turno era el conde Hans



El "castigador" de turno era el conde de Hans de Steffen...

de Steffen, personaje ridiculo, que se creía él mismo un calavera, cuando en realidad no era más que un tonto de capirote.

Nina se burlaba de él; pero a veces, parecía hacerle gracia sus tonterías y escuchaba

complacida los acaramelados requiebros de aquel niño melón.

Todas las noches iba el conde al camarín de la artista, para lograr que ella accediera a su amor, sin haber conseguido otra cosa que risas e ironías como respuesta.

Una de las veces, el conde Hans pareció dispuesto a pedir una contestación concreta, pues aunque Nina le trataba con gran ternura, cuando se hablaba directamente de amor esquivaba la contestación.

Y Hans, ante aquella actitud, iba experimentando cada vez más intensos celos.

Vió una gran canastilla de flores, con esta tarjeta:

"Raul de Meziere,

"Agregado a la Embajada de Francia,
y escrito en manuscrito, estas palabras:

"...pero me agregaré a usted, preciosa Nina,
a su menor indicación."

El conde rompió, furioso, la tarjeta.

—Estoy cansado de las impertinencias de tus adoradores. Te he dicho mil veces que no quiero que coquetees con nadie.

—¿Y con qué derecho?

—Con el del amor.

—Es poca cosa. Yo aun no he accedido a nada.

—Pero me has dado esperanzas.



—Estoy cansado de las impertinencias de tus adoradores.

—De eso vives...

Una criada entregó una tarjeta a la artista.

Ella leyó y mostró la cartulina a su amigo. Decía:

Barón Werner Von Bibl

Hans se volvió pálido y tembló de pies a cabeza.

—¿Cáspita! ¡El tío y tutor de mi mujer! Si me ve aquí, me deshacerá...

—Te habías zallado que eras casado, ¿eh?

—¿Y eso qué importa?

—¡Ah, calaverita!

—¡No recibas a ese hombre!

—¿Y por qué no he de recibirlo? A mí me encantan estas relaciones de familia.

Y dió orden para que fuera introducido su visitante.

Asustado, Hans corrió a ocultarse tras un biombo. ¿A qué vendría el tutor de su mujer? Seguramente, a nada bueno.

El barón de Bibl, hombre de mediana edad, aunque bien conservado y gallardo, prefería navegar constantemente por el mar del amor frívolo, a echar anclas en el puerto del matrimonio.

Entró y saludó cortésmente a la artista, besándole la mano y quedando admirado de su belleza de mujer.

—¿Qué le trae por aquí?—dijo ella, sonriente e invitándole a tomar asiento.

—Señora...

Aparecía turbado y no acertaba con la expresión concreta.

—Señora—repitió—. Me trae un asuntillo algo espinoso... Mi sobrina, la condesa de Ste... ¿conoce usted al conde de Stetten?

Hans tembló en su escondite. Exactamente lo que temía. Iban a hablar de él.

¿Se refiere usted a un señor con cara de idiota y orejas descomunales?—contestó Nina, riendo.

El pobre Hans quedó horrorizado e instintivamente se palpó las orejas. Pero, ¿qué decía aquella mujer? ¿Cómo se atrevía a insultarle de aquel modo?

—Sí, ese es...—dijo el barón—. Pero ahora se ha dejado el bigote para gustar a usted... ¡Y mi sobrina está furiosa!

Nina se reía con amplia satisfacción. La contemplaba el barón con gran interés, admirando aquella hermosa cabeza, que ella llevaba cubierta con un turbante de perlas.

—Pero, señor barón, ¡qué ridículo mensaje!... Usted no habrá tomado en serio que

yo y el tipo ese... ¡Vamos!... Es para reventar de risa...

—Ya pensaba yo...—dijo el barón, retorciéndose las gulas de su bigote—. Una mujer como usted, de gusto tan exquisito...

—¡Gracias!... Pero puede usted tranquilizar a su sobrina y decirle que por mí, ya puede afeitarse el señor de Stelten...

—¡Así lo haré!... Y he tenido un verdadero placer...

Levantóse y besó la pálida mano de la artista.

—Es usted encantadora—agregó—. ¿Me será permitido volverla a ver?

—Mi puerta está abierta para un hombre tan galante como usted.

—No tardaré en visitarla de nuevo. ¡A sus pies, Nina!

Y el señor barón salió entusiasmado del camarín de la bailadora, diciéndose que era una delicia de mujer aquella rubia delicada y suave, capaz de que la gente enloqueciera por ella.

Hans salió de su escondite. Ya poco antes, cuando el barón se hallaba aún en la estancia, sacó la cabeza por encima del biombo;

pero Nina, que estaba allí cerca, se la hizo ocultar de nuevo.

—¿Conque tengo cara de idiota y orejas descomunales? ¿Cómo le has enamorado de



... sacó la cabeza por encima del biombo...

mí, entonces? ¿Por qué a veces pareces escucharme con complacencia y me das esperanzas?

—Mira... las esperanzas las puedes guardar para siempre... Si hubiera sabido que estabas casado, te aseguro que ni te hubiese mirado la cara... Porque a mí me gustan los bichos raros... pero solteros.

—¿Bicho raro, eh? Pues... adiós... adiós... ¡Qué gran desengaño!

Y el pobre conde salió entrecorrido de aquel camarín donde acababan de matar sus ilusiones. Y ella, Nina, se despidió lánguidamente, moviendo su cuerpo con una afeada voluptuosidad.

* * *

La condesita Edith de Stetten hacía pagar sus constantes rabietas y ataques de nervios al pobre tutor.

Cuando éste le explicó la entrevista tenida con la bailarina, se indignó tanto como si sus sospechas de engaño hubiesen tenido confirmación.

—¿De modo que Hans no tiene nada que ver con la bailarina? Entonces, ¿por qué se ha dejado el bigote, sabiendo que a mí me gusta que vaya afeitado?

—No negaré que acaso Hans vaya detrás

de ella; pero te aseguro que Nina no hace más que reírse de él.

Ella se sintió ofendida.

—¿Reírse de mi marido? ¿Qué se habrá figurado esa descocada?

—No te preocupes.

—Esa señorita debe tener más amantes que camisas... y ninguno tan guapo como Hans... ¡Insultar de tal modo a mi marido!

Y sintió la ofensa de que otra mujer se hubiese burlado del conde.

En otra parte de la ciudad, en los suburbios, existía otro mundo donde las almas buscaban también su Paraíso, pero por caminos más rectos.*

En un modesto hogar, situado en una bohardilla que parecía tocar al cielo, vivía Rodolfo, un joven pintor, sin más fortuna que su voluminoso caudal de esperanzas. Compartía su pobreza material con su madre y con Maria, una dulce huérfana que amaba callada e intensamente al joven artista.

Una mañana, como de costumbre, Rodolfo salió al campo para pintar sus paisajes. Antes de marchar, trazó en el papel la silueta de Maria y se la entregó.

—¡Oh, Rodolfo, cada día pintas mejor!— le dijo ella bajando los ojos y con la timidez de los ocultos amores.

—Siento magníficas ansias de triunfo, amiga mía... y pienso que no está muy lejano el día de la victoria... Me voy ahora a recoger en el campo la luz que destila la Naturaleza.

Le vió partir la buéltana enamorada, recogida desde niña en aquella casa; y sintió que toda su alma era un tributo de admiración hacia el mozo bravo y optimista. También ella estaba contagiada de aquel fecundo anhelo de gloria.

Rodolfo llegó al campo y, encaramándose a un árbol, sentado en su copa, comenzó a recoger con sus pinceles el ardor maravilloso de la tierra.

En tal operación hallábase cuando vió a una muchacha que, envuelta en graciosos velos, danzaba divinamente como una ninfa de los bosques.

Era Nina Laval, que rendía muchas mañanas aquel tributo a la esplendidez artística de la Naturaleza. Uno de sus mayores placeres consistía en dar aquellas representaciones solitarias en el teatro de los bosques.

El joven pintor la contempló sorprendido y tomando un lápiz y papel hizo unos apuntes de aquella alada criatura arrancada del Olimpo.

Después que Nina, ignorante de que la estuvieran observando, hubo danzado durante largo rato, quitóse los velos, quedando en sugestivo "maillot" y lanzóse al agua de un estanque que, en pleno bosque, ponía una nota pintoresca.

Nadaba perfectamente. La ninfa se acababa de convertir en sirena, tan sugestiva como antes...

Nina se había dejado el traje y el bolso colgados de las ramas de un árbol.

Dos sujetos vagabundos, caminantes nómadas de todas las tierras, contemplaron a la linda nadadora... y a la vez descubrieron el bolso de seda, en cuyo confortable interior debía haber, seguramente, algunos billetes tentadores.

Se acercaron allí y uno de los sujetos, sin que el otro se diera cuenta, arrebató el monedero y lo ocultó en su espalda.

El otro camarada lo reclamó, exigiendo que se partiesen su importe. Pero su amigo negóse

a ello, asegurando que él no había tocado nada.

Rodolfo había observado la maniobra, y acercándose cautelosamente por entre el ramaje, quitó el bolso que el vagabundo había colgado de un botón de su roto chaquet y se alejó con la prenda recuperada.

Cuando el ladrón observó que no tenía el bolso, acusó a su compañero de habérselo quitado, y éste a su vez le acusó a él, hasta que ambos quedaron convencidos de que una intervención milagrosa les había arrebatado lo robado. Buscaron inútilmente y se alejaron haciendo comentarios sobre aquella clase de monederos que tenían alas para volar...

Nina había salido ya del baño, y al ver a Rodolfo que se deslizaba lentamente por el sendero, con el bolso, corrió a su encuentro y se lo arrebató con violencia.

Al pronto, lo tomó por un ladrón.

—¡Eh! ¿Cómo tiene usted mi monedero? ¿Con qué derecho?

—Se lo habían robado, señorita, y he conseguido recuperarlo.

—Eso no es verdad... Ha sido usted...

—¿Es que tengo trazas de ladrón? Mire us-

ted allá, por el camino, a aquellos dos hombres de mala catadura...

Nina se convenció, al ver que los dos vagabundos buscaban aún en el suelo el desaparecido bolso.

—¡Es verdad!—dijo—. ¡Perdóneme usted...

—De mil amores, señorita... Y precisamente he de darle las gracias por haberme permitido con su presencia pintar un apunte de usted.

—¿Es usted pintor?

—Comienzo hace poco... pero me siento lleno de vocación.

—Déjeme ver mi retrato.

El le mostró el dibujo, de toscos trazos al carbón, donde se adivinaba una mano de novel.

—Bien... bien...—dijo sonriente y con cierta benevolencia graciosa—. Pero veo que lleva usted ahí un arsenal de dibujos.

—Fruto de mi trabajo...

—¿Quiere acompañarme, mientras me enseña sus obras de arte?

—¡Con mucho gusto!.

Subieron a un automóvil que aguardaba a la salida del bosque.

Emocionado, Rodolfo, iba mostrando a la

bella mujer sus dibujos, que eran reflejos de su alma.

—Esto es una interpretación subjetiva de la Fe... Es así como yo me figuro el Amor... Eso es la Vida.

Y ponía ante los ojos de Nina una serie de apuntes semicubistas donde faltaba la perfección.

—No dejan de ser apreciaciones graciosas... aunque equivocadas—dijo ella, riendo.

—¿Por qué?

—Es usted un temperamento original, pero creo que debería someterse a mucho estudio—dijo ella, burlona—. Yo, Nina Laval, me honraré mucho protegiéndole a usted...

El tono burlón de aquella voz le hizo palidecer. Al propio tiempo, al saber que se encontraba ante Nina Laval, la famosa artista cuyos éxitos eran la nota del día en la capital, se sintió más turbado.

—¿No le gustan mis dibujos? — preguntó anhelante.

—Para un libro de niños, están bastante bien... Pero, ¿no ha pintado usted nunca para personas mayores?

Estas palabras las dijo con tal sonsonete

de ironía, que el joven sintió la espina de la ofensa clavándose en su alma.

¿Por quién le tomaba aquella mujer? ¿Es que sus obras no merecían otra cosa que la conmiseración de unos dibujos de niño?

—¡Buenos días, señora! — replicó severamente.

Y abriendo la portezuela, saltó del coche en marcha, metiéndose en unos bosques que circundaban la carretera.

Nina se había quedado con la carpeta de dibujos, pues Rodolfo los había olvidado en su precipitación.

Sonrió la bailarina, extrañada de aquella actitud. ¿Por qué se había disgustado de aquel modo? Ella no quiso ofenderle ni mucho menos, haciendo únicamente unas observaciones precisas y sinceras.

Movió los hombros con indiferencia y echó a un rincón del "auto" los dibujos, sin volver a acordarse de su poseedor.

Rodolfo volvió a su casa, ávido de lavar la ofensa que había sentido inferida en su dignidad artística.

Ya demostraría él a la imprudente Nina Laval que sus apuntes no eran meros bocetos infantiles, sino algo definitivo y completo.

Cogió varias acuarelas, en las que había puesto mayor cantidad de alma y de emoción y dijo a su madre y a María:

—Voy a llevar de nuevo mis cuadros a las "Galerías Artísticas". Puede que ahora tenga mayor suerte.

Y con los cuadros debajo del brazo se encaminó hacia la ruta estrecha y bordeada de abismos, a cuyo término brilla a veces el hermoso sol del éxito.

Pero, por lo visto, a Rodolfo le faltaba un buen trecho para recorrer del todo el calvario de los artistas.

Visitó a varios comerciantes en cuadros y ninguno de ellos quiso aceptar sus pinturas, excusándose algunos con la abundancia de género, diciendo otros, sencillamente, que no tenían valor aquellas obras.

Y volvió desalentado, enloquecido, con ese vencimiento cruel de la juventud a quien cortaron las alas.

—¡Es inútil, mamá!—dijo sollozante—. Voy a tener que dedicarme a otra cosa.

Y aunque su madre y María procuraron darle ánimo para que no se desalentara de una vez, el joven artista se decía que era preferible realizar cualquier otra cosa que continuar siendo pintor.

Y Rodolfo, descolgando de la pared varios cuadros, los destrozó con rabia, y luego quedó en un éxtasis doloroso.

María, la dulce y silenciosa enamorada, sufría tanto como el propio Rodolfo. Esta es la cualidad del amor... Sufrir con el dolor ajeno...

¿Qué hacer para volver la alegría a aquella alma joven y casi muerta?

Pero al día siguiente, Rodolfo pareció reaccionar de su melancolía y marchó a la calle.

Recordaba haber dejado involuntariamente los dibujos en poder de Nina Laval. Iría a reclamárselos.

Sería corta la escena; sentía aún en el alma el zarpazo de aquellas palabras crueles de mujer sin corazón.

Nina estaba hablando en su casa con el barón de Bihl que, cumpliendo su promesa, había efectuado una nueva visita.

Una doncella anunció a Nina:

—Hay un joven mal vestido que quiere ver a la señorita.

—¿Mal vestido? ¿Quién podrá ser? En fin, que entre...



Nina estaba hablando en su casa con el barón de Bihl...

Instantes después aparecía Rodolfo.

Un rayo de alegría iluminó a Nina, que se

había acusado la última noche de haber estado impertinente con el artista.

—¡Cuanto celebro verle!— dijo—. Precisamente no sabía dónde mandarle los dibujos que se dejó usted en el coche.

Aquellas palabras amables, aquella mirada variñosa de la artista, desarmaron la indignación de Rodolfo, quien exclamó:

—He venido a recogerlos... y al propio tiempo a pedirle a usted perdón por la inesperada manera con que me despedí de usted...

—¡Olvidado... olvidado!... Oiga, barón, aquí le presento a un artista al que quiero proteger... ¿Usted se llama?...

Rodolfo Vans, señorita...

Los dos hombres se saludaron y Rodolfo tomó asiento al lado de la hermosa Nina, contemplando la deslumbrante belleza de ella, que ahora podía admirar con mayor detalle.

Nina tomó la carpeta de dibujos que una doncella le entregara y se los fué mostrando al barón.

—Verá usted obras de arte... Un poquito originales, pero creo que prometen...

Y parecía esforzarse en borrar las huellas

de la dureza con que le había tratado en el automóvil.

El barón de Bihl quedó entusiasmado con los cuadros. Precisamente eran del estilo que a él le encantaba, y Rodolfo tuvo la satisfacción de oír de sus labios los más elocuentes elogios.

—¡Pero esto es colosal!... ¡Sencillamente genial!—exclamó—. ¡Usted tiene que subir! ¡Yo le empujo!

Y, sinceramente enamorado de aquellas obras artísticas, se complacía en brindarle su protección.

—¡Usted me honra demasiado!—dijo Rodolfo.

—No... no... es la verdad... Haga usted un retrato de la señorita Nina Laval... El cuadro queda de antemano comprado por mí.

—¡Es imposible!—dijo el pintor con desaliento—. Aun no tengo estudio. Estoy comenzando mi carrera.

—Puede usted retratarla aquí mismo.

—Pero... señorita Nina, ¿usted quiere que la retrate?

—Me encanta la idea y empezaremos en seguida—dijo ella, cordial—. Hoy mismo prin-

cipearé los ensayos para poder estarme quieta.

—¡Oh, señorita!... Tal vez usted sea el escalón que me conduzca al triunfo.

—¡Ojalá!... Estuve impertinente con usted ayer... y es que me sorprendió lo nuevo de su arte... Quiero darle los medios para vencer.

Rodolfo estaba deslumbrado. ¡Oh, vida, vida, qué sorpresas guardas a cada nuevo sol! Ayer, la desesperación y la impotencia artística; hoy, la sonrisa de una mujer hermosa y la protección de un hombre desinteresado y generoso como el Mecenas de la antigüedad.

Convinieron que desde el día siguiente comenzarían las sesiones, y el artista se marchó con el éxtasis del ensueño en su alma.

Acompañóle el barón de Bihl hasta la puerta, y ya allí le dijo, dándole quinientos francos:

—Claro es que tendrá usted que vestirse mejor para pintar a la señorita... Permítame que le dé algo a cuenta,

—¡Oh... yo no sé si debo aceptarlo...

—Tome usted... es sencillamente un anticipo de lo que merece por su trabajo.

Y el artista, dueño de aquella cantidad, al

salir a la calle, se consideró uno de los hombres más felices del mundo.

Corrió a su casa para comunicar a su madre y a María que el éxito entraba al fin por la puerta grande.

Mientras tanto, en su hogar, María había realizado una acción meritoria y heroica.

Había puesto sobre la mesa sus ahorros, unos cien francos, recogidos céntimo a céntimo en el transcurso de su vida. Y mirando a la madre de Rodolfo, le dijo con dulce sencillez:

—Es preciso animar un poco a Rodolfo... Si usted me lo permite... yo le daré esos cien francos... y le haré ver que ha estado aquí un comprador de cuadros y se ha llevado dos o tres...

—María, tú no tienes derecho a desprenderte de esa cantidad... Es tuya... La has ganado con tu propio esfuerzo... No está bien que hagas tal sacrificio.

—Siendo por Rodolfo, no es sacrificio, sino alegría. ¡Déjeme usted hacerlo!... Quiero verle sonreír, animarle... Si le animamos, tendrá fuerzas para vencer más adelante.

La madre accedió al fin, admirando la de-

licadeza de aquella alma joven, que amaba, lo adivinaba bien, a Rodolfo...

¡Oh, si esos dos seres de su corazón se unieran para siempre! Sería la mayor alegría de su vejez, porque significaría el venturoso porvenir de los dos.

Corrió María a ocultar tres cuadros de la simulada venta, guardándolos en el arcón de su cuarto, como eternos testigos de su prueba de amor.

Luego volvió a reunirse con la madre de Rodolfo, que era también casi madre suya, para esperar ambas ansiosas la vuelta del pintor.

No tardó Rodolfo en aparecer. Sus ojos ya no eran sombríos, sino brillantes con un fuego animado de nueva luz.

Entró riendo, besó a su madre y acarició suavemente a María...

Vió muchas monedas de plata desparramadas sobre la mesa, y como no estaba acostumbrado a que en su casa hubiera exposiciones de dinero, preguntó la causa.

—No hiciste más que salir, cuando vino un comprador y se llevó tres cuadros—dijo María, sonriente.

—¡Gran Dios! ¡Qué día venturoso el de hoy!
¿Y cuánto dió por ellos?

—Cien francos... Aquí los tienes.

Y la mano de la huérfana acarició por última vez las moneditas guardadas durante muchos años, moneditas donde parecía haberse oxidado algo de su corazón.

La alegría de Rodolfo se trocó en desprecio y apartó de sí las monedas.

—¡Cien francos por tres cuadros! Poca cosa es...

—¡Rodolfo!—dijo la madre sorprendida.

Aquí tengo cinco veces más, y se trata de un anticipo, por un cuadro sólo—dijo, mostrando unos billetes.

—Pero, ¿cómo es eso, hijo mío?

—Hoy es un día feliz, madre... El mundo entero será mío... ¡Ah, fuera miseria, como esos explotadores que dan cien francos por tres cuadros!... Gente egoísta, avara... Hoy he encontrado al fin un verdadero corazón...

María le escuchaba con los ojos bajos, con el alma dolorida y triste, al ver la inutilidad de su sacrificio, que ni siquiera era agradecido... Sin embargo, ¿qué sabía Rodolfo de ello? Por

fin el sol de la gloria y de la esplendidez comenzaba a asomarse por aquella casa...

—¡Cuenta... cuenta, hijo mío!

Y Rodolfo explicó cómo le protegía el barón de Bihl, gracias al cual iba a pintar a la famosa artista Nina Laval.

—Para mí, eso será el principio de la gloria... ¡Qué alegría!

Después les mostró varios liambres que había comprado y con los que iban a celebrar aquel día el fausto acontecimiento.

María se resignó, ocultó interiormente sus lágrimas y sin lamentar lo estéril de su sacrificio, mostró una excelsa alegría.

Los dos jóvenes pusieron la mesa, mientras la madre, en la cocina, preparaba los manjares extraordinarios.

—¡Qué feliz soy, María... qué feliz!

Y, riendo, puso un beso en los labios de la joven, y luego se echó a reír graciosamente.

—¡Ay, María... qué loco he sido!... ¿No me perdonarás?... Pero hoy siento ansias de reír, de vivir, de gozar... ¡Qué hermoso es todo el mundo!... María, me parece que te voy a querer mucho más que antes... mucho más... y no como una hermanita...

—Rodolfo... ¿qué dices?

Y la huérfana, ante aquella declaración de amor, sintió que la felicidad le invadía el alma, hasta causarle un dolor físico, que también el placer hace sufrir...

¡Por fin, por fin! ¡El se declaraba!... Y aquel primer beso que había recibido en su vida, aquel primer beso de amor, era el pago a todos sus generosos sufrimientos de enamorada leal.

* * *

A la otra mañana, el barón von Bihl volvía a visitar a su sobrina y de nuevo le dió buenos informes de Nina.

—Te aseguro que es una buena señorita, a la que no puede amarse más que platónicamente...

—¡Píscis! ¡Puedes contárselo al Nuncio! —gritó ella—. ¡Cualquier gallina es más virtuosa que ella!

—No lo creas, sobrina.

—Sé lo que me digo y te lo demostraré a ti y a Hans... Ya he mandado llamar a un detective.

—Creo que no deberías enredarte, mujer... pues nada debes de temer de Nina.

—No necesito tus consejos, tío... Sabré defender muy bien mi honra y mi felicidad de esposa.

Y entretanto, Rodolfo, ya elegantemente vestido, se había dirigido a la casa de Nina.

Una doncella le acompañó a un saloncito. La señorita no tardaría en aparecer.

En el saloncito había varios espejos, y por uno de ellos, a causa de hallarse una puerta abierta, vió el pintor a Nina, que en su habitación acababa de vestirse.

Sonriente, cambió de lugar, no queriendo admirar aquella belleza, que podía quitarle la serenidad.

Sentóse junto a la mesita, en la que había un servicio de café de plata, y vió también reflejado en aquellas brillantes piezas a manera de espejo, a la famosa Nina, que acababa de vestirse.

—¡Vaya con los espejitos!... Esto es una exposición de... indiscreciones—se dijo, sonriente.

No tardó Nina en aparecer. Iba hermosísima.

—¡Hola, pintor... el que immortalizará mi

personal... Cuando usted quiera, podemos empezar...

—Ahora mismo!

Preparó el caballete, y, haciendo sentar cerca de allí a la bella artista, comenzó su labor.

Duró aquella "pose" bastante rato, y Rodolfo se desesperaba, pues Nina era incapaz de adquirir la inmovilidad necesaria para un buen retrato. Constantemente se movía, acariciaba a un perrito que tenía en la falda, haciendo perder al artista su inspiración.

Por fin suspendieron la sesión, y Nina le invitó a almorzar. Aunque el joven quiso excusarse con fuerte turbación, Nina insistió de tal modo, que se vio obligado a ir a la mesa con ella.

Reanudaron luego la labor y despidióse más tarde el artista, prometiendo comenzar al día siguiente de firme su trabajo, pues apenas había podido realizar nada, a consecuencia de la extraordinaria nerviosidad de la bailarina.

¡Es tan difícil pedirle a una bailarina, toda sangre, toda nervios, toda movimientos, que permanezca quieta!

Al siguiente día, la condesa de Stetten, que seguía con sus feroces celos, recibía la visita

del señor Ohjovivo, un detective al que había mandado a llamar para averiguar la vida y milagros de Nina Laval.

El señor Ohjovivo se titulaba a sí mismo superdetective y tenía por lema estas palabras: Oír y averiguar.

La dama le explicó de lo que se trataba, y para animarle a comenzar con éxito sus pesquisas, le dió unos centenares de francos.

—¿Un anticipo a mí?—dijo el detective, alegremente—. Bueno, lo pienso tomar para no desairarla.

Y por si ella se arrepentía de habérselo dado, lo guardó rápidamente en la cartera.

—Por cada amante "comprobado" de la señorita Nina Laval, recibirá usted una recompensa extraordinaria...

—A mí no se me escapa ni una mosca.

La condesa descaba averiguar la vida de Nina, que le parecía sembrada de aventuras amorosas. Cuando tuviese alguna prueba de aquella indole, estaba segura de que Hans, furioso, dejaría de cortejar a la bailarina.

—En usted confío—dijo al detective—. Pongo la felicidad mía en sus manos.

—Yo lo averiguo todo. Voy a darle una prueba en seguida.

Miró a un criado que se hallaba ante la puerta y examinándole rápidamente, dijo:

—Tiene usted un metro sesenta de altura; es oriundo de la Europa central; aficionado a soltero y ha tomado esta mañana sopa de fideos.

Y cogió un fideo que el criado llevaba cerca de la solapa.

—¡Eh! ¿Qué le parece?

Y dejando estupefactos a la condesa y al camarero, salió de la casa con el aire del hombre a quien todos rinden acatamiento.

A la señorita Nina Laval ni siquiera se le podía hacer una instantánea sin sacarla movida.

Era incapaz de permanecer quieta, con la paciencia que requería pintar su figura.

Rodolfo se desesperaba, borrando a cada momento la tela, sin conseguir realizar el boceto definitivo.

—¡Es inútil, no puedo!—dijo, dándose por vencido—. A menos que se deje usted atar...

—Es que este vestido me molesta—contestó ella—. Vamos a probar con otro menos aparatoso. ¿Quiere?

—¡Bien!

Se dirigió a su habitación y a poco volvió con un finísimo y vaporoso vestido, realmente encantador y sugestivo.

—Ahora sí que me voy a inspirar... Está usted maravillosa.

Y contempló con deleite aquel cuerpo de figura arrogante y soberbia...

Ella se echó a reír, y graciosamente se puso una horrenda careta.

—¡Por Dios, Nina... quítese eso!

—De ningún modo... No quiero distraerle a usted... Pínteme sin preocuparse de la cara.

Y sentóse en un sillón... y Rodolfo sonrió malhumorado, ante aquella figura de cuerpo semidesnudo y adorable y la cabeza cubierta por una carátula monstruosa.

Y Rodolfo pintó, deseando ardientemente que la joven artista se quitara aquella horrible cubierta.

Llegó el barón de Bihl, quien se echó a reír al ver la cara de la artista.

—De esa manera no distraigo a mi pintor...

Y puede copiarme con más tranquilidad... As, no me muevo—explicó Nina.

Pero, a ruegos del barón, que habló de que es un pecado cubrir la belleza con la fealdad, ella se quitó la careta, volviendo a mostrar su cara radiante y clara.

Reando, se puso el sombrero de Rodolfo, cogió su bastón y sus guantes, adquiriendo un aspecto de amazona.

¡Imposible pintar a tan traviesa y alborotada criatura! Aquellas sesiones iban a durar un año.

Llamaron al teléfono y Nina fué al aparato.

Era Hans, quien le decía con voz compungida:

—Deseo tener una entrevista contigo.

—Bueno, ven esta noche a hora avanzada, procurando que nadie te vea—contestó ella, para quien el conde no era más que el botón con el que se divertía a ratos.

Poco después dióse por terminada la sesión y salieron juntos el barón de Bihl y su protegido.

Bihl, que sospechaba que su sobrino quería ver de nuevo a Nina, puso en antecedentes de lo que ocurría al pintor, rogándole que de

vez en cuando vigilase a la artista, a fin de librarla de los temores...

Y aquella noche...

Hans fué a visitar a Nina; pero, seguido por



Llamaron al teléfono...

el detective Ohjovivo, fué detenido en el recibidor de la casa.

Los dos hombres lucharon brevemente, y el

conde tuvo que huir, metiéndose en una habitación, pues el detective pretendía llevárselo de allí.

Rodolfo, que, llevado de una extraordinaria simpatía hacia Nina, e invitado por ésta, había cenado en aquella casa, al escuchar los ruidos de lucha en el piso bajo, corrió, seguido de Nina, a enterarse de lo sucedido.

Ohjovivo se excusó por su presencia en la casa, y explicó:

—Soy detective y vigilaba a un delincuente que se ha metido aquí.

Hans salió de su escondite y, despechado y furioso, abandonó la estancia, indignado al ver que Nina estaba con un joven.

Marchó también el detective Ohjovivo, que ya comenzaba a tener sospechas ciertas acerca de la conducta de la bailarina.

Rodolfo, después de cerciorarse de que la casa estaba tranquila, dijo a Nina:

—No tema. El barón de Bihl me ha confiado la custodia de usted.

—¿Habrá tenido el barón la osadía de mandarme un policía?

—¡Vamos, cálmese, señorita!... Es usted una encantadora niña grande...

Y la acarició suavemente, y sintió por primera vez en su alma una exquisita ternura hacia la artista.

No tardó en llegar el barón de Bihl, a quien ella recriminó duramente:

—Vamos, barón—le dijo con energía—. Vigila usted demasiado a su sobrino... Ha sido usted capaz de enviarme un detective a casa. ¿verdad?

—Se equivoca usted... Todo ello ha sido obra de mi sobrina.

—¿Sí?

—Ella sabe que Hans ha venido aquí esta noche... y quiere pedir el divorcio...

—¡Dios mío, qué compromiso! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Rodolfo aparecía silencioso, meditabundo, lamentando aquellas aventuras galantes de la bailarina, pues en su alma, la pasión comenzaba a dejar sentir sus efectos.

—Para evitar el escándalo—dijo el barón—sería conveniente que se marchase usted de viaje por algún tiempo... Yo mismo la acompañaría con mucho gusto...

—Será lo mejor—dijo—. Me ausentaré y así se acabará de una vez este asunto de

Hans... He sido una loca en hacerte venir esta noche...

Rodolfo la miró desalentado.

—Si se va usted... ¿cuándo terminaremos el retrato?

—Usted vendrá conmigo...

—¡Oh, gracias... gracias!

—¿Y yo?—dijo el barón.

—Usted se quedará aquí. La labor de Rodolfo es de puro artista... ¿comprende?

Marchó poco después el barón, y Rodolfo, que comenzaba a olvidar a la dulce huérfana de su casa, electrizado por las gracias de la bailarina famosa, volvió a darle rendidamente las gracias por aquella invitación.

—Sí, me acompañará usted—le dijo—; pero con una condición: júreme...

Y elevó cómicamente los dedos hacia el cielo.

—Júreme que jamás oiré de sus labios una sola palabra de amor, ni otras tonterías por el estilo.

—¡Juro!

—Y que... se conformará usted cada día con un casto beso de hermana.

Nina era graciosa... en el hablar, y Rodol-

fo, emocionado y satisfecho por todas aquellas palabras, juró de buen grado cuanto ella quiso, aunque sin ánimo de cumplirlo estrictamente.

Y al día siguiente, Rodolfo, después de despedirse alegremente de su madre y de María, marchó con la artista hacia un lugar de veraneo.

La pobre huérfana comenzaba a sentir en su corazón terribles celos... Comprendía que Rodolfo hablaba de Nina con algo más que con veneración de artista; ¡hablaba también con la suprema pasión de los enamorados!...

¡Dios mío!... ¿es que le iban a arrebatarse lo que constituía toda la fuerza de su vida?

Nina se trasladó a un delicioso paraje de montañas nevadas, acompañada de Rodolfo, cuya misión aparente era la de terminar el retrato... Vivían en un gran hotel.

Pero con el transcurso de los días, entre la modelo y el pintor, lo que empezó a tejerse fué una tupida red de amorosos nudos que amenazaba labrar la infelicidad de la pobre huérfana que suspiraba allá lejos.

Lentamente, iban sintiéndose atraídos uno hacia el otro, y en sus frecuentes excursiones por los campos nevados, sus almas sentíanse latir al unísono...



Vivían en un gran hotel...

El señor Ohjovivo, por nada del mundo, ni aunque la pareja se hubiese trasladado al Polo Artico, habría abandonado su detectivesca misión.

Y así, lo mismo en la montaña que en la playa, procuraba seguir los pasos de los dos

tórtolos, a fin de retratarles en el momento oportuno y poder presentar a la condesa la prueba de una de las innumerables aventuras de Nina.

Cierto día en que les vió casi abrazarse, tomó una instantánea; pero en aquel mismo momento, una bañista vieja y fea se interpuso, estropeando el primitivo intento.

El detective se desesperaba. ¿Cuándo podría obtener la prueba comprometedora?

Otra tarde, los dos amigos paseaban por el bosque. El detective les iba acechando con su máquina fotográfica al punto.

El cuadro de Nina avanzaba muy lentamente, pues a la inmovilidad que requería la pose, preferían ambos jóvenes la libertad de las excursiones y de los hermosos panoramas.

Rodolfo iba sintiéndose cada vez más seducido por la delicada gracia de la bailarina.

Los besos que Nina, casquivana y loca, le daba cada día, de modo únicamente fraternal, electrificaban al pintor, que olvidaba por entero a María y la pobreza de su hogar.

Rodolfo cogió delicadamente la carita de su amiga y le dijo:

—¡Pero, qué preciosa es usted, amiga mía!

Si me lo permitiera, le pediría otro beso... fraternal.

—Pero, ¿no ha recibido usted ya su ración?

—Sí... pero quiero repetir...

Y, sin pedirle permiso, unió sus labios a los suyos, con un beso suave, delicado, que mostraba todos los sentimientos de aquella alma de fuego que necesariamente se tenía que consumir al lado de mujer tan hermosa.

También ella se había estremecido de dicha. No daba, sin embargo, al amor demasiada importancia. Y aquel "flirt" era uno de tantos como había habido en su vida...

¡Uno de tantos, no! Al regresar a su casa, cogida del brazo de Rodolfo, por primera vez se decía que, acaso, el verdadero amor, había llamado a sus puertas.

El detective no perdía el tiempo. Había logrado efectuar una instantánea del momento preciso en que los dos jóvenes se besaban, y, contento de su éxito, reveló la fotografía y se apresuró a mandarla a la bella condesa.

Aquella noche, ya en su habitación del hotel, Nina se sentía invadida por un gran anhelo romántico.

Tocaba al piano una canción de amor, cuya letra era precisamente la siguiente:

¡Ven, Rodolfo!

¡Ven, por Dios!

De pronto sintió pasos y se emocionó, pensando que Rodolfo entraba lentamente en el salón, atraído por la nostalgia de la música.

Volvióse rápidamente, al escuchar una voz desconocida.

Era la de un criado del hotel, quien le decía:

—Perdón, señorita, pero después de las once, está prohibido tocar.

—¡Ah, perfectamente!

Mostróse exaltada ante aquel fracaso.

¡Ah! ¿por qué se sentía tan desasosegada, tan inquieta?

¿Es que quería realmente al pintor? ¿Es que por primera vez iba a experimentar las delicias de un verdadero cariño que no iba a parecerse a los anteriores amores?

¡Ah, no sabía! Pero instintivamente, volvió a repetir como un suspiro, la canción:

¡Ven, Rodolfo!

¡Ven, por Dios!



Allá en la ciudad, unos días después, Hans, el conde de Stetten, entraba en la salita de su casa, donde conversaban la condesa y su tío, el barón de Bihl.

—Les ruego que no se molesten por mí—les dijo—. Vengo a coger unas cosas y me marcho en seguida...

—Hombre, quédate siquiera a tomar una taza de té con nosotros—dijo el barón.

—Bueno... sólo el tiempo de tomar el té...

Mientras bebían la aromática infusión, su esposa le miraba con indignación y al propio tiempo con aire de burla.

—Además del bigote, creo que debías dejarle también la perilla—le dijo riendo—. Así acabarías de volverla loca... ¿No sabes, tío? Está locamente enamorado de Nina.

—Si empiezas con indirectas, me iré...—protestó el conde.

—Espera un momento. Vas a ver en lo que se entretiene tu adorado tormento.

Fué a buscar un retrato y lo enseñó al conde. Este vió horrorizado en una postal a Nina y al pintor cambiándose un beso.

—¡Ah, miserables!—rugió sin poder contener su furor.

—Te has convencido de la fidelidad de esa mujer, ¿no?—dijo la condesa riendo triunfalmente.

—¡Ah, qué asco me da todo!

Se levantó y sin querer terminar el té salió corriendo. Su esposa se alegraba de que hubiese sufrido aquel desengaño. Segura estaba de que el conde no osaría ya continuar sus amores.

Hans se dirigió a casa de la artista y allí supo que Nina se había marchado a cierta capital, estación estival, acompañada del pintor Rodolfo, que le estaba haciendo un retrato.

Celoso, pues deseaba volver a reanudar sus platónicos afectos con la bailarina, marchó en su busca.

Tomó el tren aquella misma noche.

Y, entretanto, allá en el balneario, ella y el pintor seguían su aventura amorosa, sonrientes.

La artista había acabado por ceder al cariño de Rodolfo, y eran ya dos enamorados, deslumbrados por el cariño.

Y el detective Ohiovivo, sin tomarse la mo-

lesta de seguirles, desde su propia habitación, tumbado tranquilamente a la bartola, y con ayuda de unos gemelos, espiaba a los jóvenes.



La artista había acabado por ceder al cariño de Rodolfo...

Y pensando en lo mucho que él trabajaba, escribió a la condesa en estos términos:

"Distinguida condesa:

"Son horribles las fatigas y penalidades que sufro para seguir a la pareja a través de los hielos, en vista de lo cual espero que aumentará mis honorarios, como es de justicia.

"La seguiré teniendo al corriente de todo.

"Su afectísimo,

"Ohjovivo."

Al día siguiente, el agraviado y enfurecido conde dió con la pista de Nina.

Fué al hotel, escribió una carta y rogó a la doncella que la pasase inmediatamente a la artista:

Nina leyó, sorprendida:

"Nina: Vengo dispuesto a hacer una atrocidad si no me das explicaciones que satisfagan mi amor propio. De mí no te ries ni tú ni mi mujer. Te espera ahora mismo, "Hans."

Una gran indignación se apoderó de ella ante el contenido de aquella carta.

¿Con qué derecho aquel hombre se metía en su vida? ¿Con qué títulos le recriminaba su conducta? ¿Es que ella no era libre de amar a quien le diese la gana?

Sin embargo, como por el tono de la carta podía colegirse que Hans venía en son de gue-

rra, deseosa de evitar un escándalo, la artista se apresuró a recibirle.

Procuró mantenerse serena y sonrió a aquel muchacho con quien ella había "flicteado" en otro tiempo...

—¿Qué ocurre, Hans? ¿A qué viene esa carta?

—¿Y tienes el valor de preguntármelo?... Yo no quiero que nadie te ame, ¿lo sabes? Y me has puesto en ridículo por un pintamonas. ¡Sí! ¡Por un pintamonas!

—Gracias por el cumplido, pues a quien Rodolfo está pintando es a mí... ¡Y yo que quería darte una sorpresa!

—Necesito matar a ese hombre...

—¡No harás tal!

—Sí, porque te quiero...

Había tanto furor en los ojos del conde, que la muchacha, temerosa de que de un momento a otro se presentara Rodolfo y hubiera una escena terrible, procuró calmar al galán.

Hans, ante aquel cambio de frente, pareció variar de táctica.

—Estoy dispuesto a perdonarte... si te vienes conmigo ahora mismo y no ves más a ese pinta... vírgenes.

Pensó la bailarina que aquello era la solución. Lo que convenía era que no se encontrasen frente a frente los dos hombres. Quería evitar el desafío, la lucha.

—Me iré contigo—le dijo—; pero, al menos, me permitirás que le ponga dos letras despidiéndome.

—Sí... yo mismo te las dictaré... Escribe: Señor Rodolfo, un grave asunto me obliga a ausentarme rápidamente.

La joven escribió aquellas líneas e inmediatamente después, en un papel que tenía bajo la carpeta, escribió:

"Querido Rodolfo: Los celos estúpidos de un hombre que no tiene el menor derecho sobre mí, me obligan a fingir una determinación."

—¿Estás ya? Pues, continúa: ...y exijo de su caballerosidad no me siga ni intente verme nunca más. Suya afíma. Nina Laval.

Escribió ella lo que le dictaron; pero en el otro papel escribió, además:

"Hago como que me voy para evitar discusiones ridículas. Pero volveré. Un beso de
"Nina."

Cerró la carta y salió a entregarla a la don-

cella, al propio tiempo que se guardaba en el bolsillo el escrito dictado por el conde.

Y una hora después, ambos marchaban a la capital.

Una extraordinaria sorpresa se apoderó del pintor cuando recibió aquel inesperado mensaje. ¿A qué podía obedecer aquella marcha precipitada?

Dirigióse velozmente a las habitaciones de su amiga, por si aun ella se encontraba allí.

Pero la doncella le informó:

—La señorita Laval está ausente... Y no sé dónde ha ido ni cuándo volverá.

Desesperado, considerándose burlado por la mujer que era toda su ilusión, regresó a la ciudad.

Nina había vuelto a su casa y horas después recibía la visita de María, la dulce y abandonada huérfana, que durante la ausencia de Rodolfo no había recibido noticia alguna de él.

Rodolfo había estado en casa de su madre, tratando con frialdad a la pobre y humilde novia.

¡Bien se daba cuenta ésta de lo que ocurría!

Y, desesperada, comprendiendo que no podía vivir sin el hombre que era la esencia de su vida y por el que se había sacrificado, se dirigió audazmente a visitar a su rival.

Nina la recibió con carino, acariciando a aquella muchacha del pueblo en cuyos ojos azules se reflejaba la pena.

—Señora—dijo María—, hace muchos años que conozco a Rodolfo... ¡Desde que éramos niños juntamos nuestras vidas! Todos sus fracasos, todas sus penas, las he compartido con él... Y ahora...

Nina adivinó...

—¡Pobre niña!—dijo—, ¿Y qué viene usted a pedirme?

—Señora... déjeme para mí a Rodolfo... Usted es muy hermosa... y podrá tener a millares los hombres como Rodolfo... Yo, en cambio, sólo tengo a él... ¡Déjemelo para mí! Sin él, me moriría.

Nina cerró los ojos.

El dolor de la pobre niña sin amparo la conmovía en el alma... No, no era una rival la que estaba ante ella, sino una criatura sin fuerza a quien quitaban la luz del sol.

Ante una mujer como ella, fuerte como ella,

Nina se hubiese rebelado, luchado... pero, ¿cómo hacer daño a una criatura tan dulce?

Era preferible el sacrificio. Nina se daba cuenta de que se iba enamorando de Rodolfo; pero todavía estaba a tiempo para volver atrás y olvidarlo. Y así haría la felicidad de aquella niña sin amor...

Le costaría un poco de dolor... pero sabría olvidar... Su vida de lujo, sus numerosos admiradores, sus viajes y sus riquezas, serían un manto que cubriese la herida sentimental.

—¡Confíe en mí!—le dijo—. ¡Yo no sabí!... Pero no se lo quiero quitar... Yo le encaminaré de nuevo hacia usted.

La muchachita se marchó con lágrimas en los ojos y creyendo en la promesa de la danzarina.

Al día siguiente, Rodolfo fué a visitar al barón de Bihl, al que narró la extraña conducta de Nina. Había estado en su casa de la ciudad, sin lograr ser recibido.

—Es inexplicable... Nina no me quiere recibir... ¿Usted me puede dar la razón?

—No, yo no sé... Pero creo que usted se hizo demasiadas ilusiones... Usted debía limitarse a retratarla, nada más...

—Pero si yo la quiero... y creo que ella me quiere... Yo no me conformo con perderla... He de pedir y obtener explicaciones...

Cuando salió, el barón de Bihl se encaminó a casa de su amiga, Dió cuenta a Nina de la visita de Rodolfo, y ella sintióse llena de melancolía.

—Mis sentimientos me han impulsado a cometer alguna tontería, barón; pero ya he reaccionado... Soy y seré siempre libre... Está ya hecho el retrato... y en lo sucesivo no debo ver más a Rodolfo... Pero ¡ay! ¿por qué realicé con Rodolfo aquel viaje?

El amor se clavaba aún en su alma...

—Acaso hubiera sido mejor que yo la acompañara como le propuse—dijo el barón.

—Es verdad... Aun he de tomar hoy parte en la fiesta de la primavera; pero después me volveré a marchar... Y le brindo la plaza de acompañante que ha quedado libre.

—Acepto de mil amores.

Los dos marcharon luego hacia la gran fiesta de la danza y de la luz, que se celebraba en una grande y magnífica playa de la ciudad.

Nina Laval desfilaría como fin de fiesta por el ruedo, con su corte de honor.

El programa, constituido por danzas clásicas y modernas, había llevado allí al gran público.



—Acaso hubiera sido mejor que yo la acompañara.

Rodolfo se había dirigido de nuevo al domicilio de Nina, dispuesto a tener con ella una explicación. Pero al enterarse de que se hallaba en la gran fiesta, se dirigió también allí.

El conde Haas estaba también en una de las gradas, esperando a su enamorada Nina.

Arrugó el ceño cuando vio llegar a su esposa.

Una señora acercóse a la condesa, y señalando a Haas, le dijo:

—Ahí tiene usted a su querido esposo...

—¡Ah, sí, es verdad! —dijo ella, sonriente.

Haas, disimulando, no tuvo más remedio que acercarse a su mujer y sentarse a su lado. Pero estaba rabioso por el inoportuno encuentro.

También Rodolfo ocupó otro de los puestos, viendo el desfile de las hermosas muchachas que danzaban...

Desfiló después todo el cortejo presidiendo Nina vestida de irreprochable belleza y saludando a todos con su sonrisa triunfal.

—Verdaderamente, es tan linda... —murmuró el conde a tiempo que su mujer le contemplaba con mirada de desafío.

—¡Qué hermosa es! —se dijo por su parte, Rodolfo.

Y cuando acabó el gran festival, Rodolfo corrió al pabellón donde acababa de arreglarse

la hermosa Nina que se hallaba rodeada del barón y de varios amigos.

El joven insistió en su deseo. Hablaba con voz desfallecida.

—Pero, ¿qué es eso, chiquilla? Nina... ¿por qué me dejas? ¡Si te amo, si no puedo estar sin ti!

—Hemos de separarnos, Rodolfo... Comprende que es un bien para ti... Yo no puedo amarte.

Llegó Hans, que había podido escabullirse de su mujer, y al ver a Rodolfo con Nina, sintió que los celos le devoraban y pidió explicaciones al pintor.

Mientras los dos hombres se increpaban mutuamente, Nina comprendió que tal vez aquello terminase en tragedia...

Y, mujer del teatro al fin, decidió poner punto al conflicto sentimental con una estratagema detonante.

Fué cosa instantánea... Sacóse de su bolsillo un pequeño revólver y disparó contra sí.

Una nubecilla de humo... un cuerpo de mujer que cae al suelo, al parecer sin vida...

La alarma fué extraordinaria... Rodolfo y el conde contemplaban horrorizados a Nina. El

barón y otros caballeros la recogieron, llevándola rápidamente a su hogar.

La noticia de que aquella mujer había muerto llevó a todas partes la consternación y el comentario.

* * *

Aquel suicidio fué simulado. Recurrió Nina a aquella estratagema para que comprendiera Rodolfo que era imposible el retorno al amor, pues prefería morir antes que reanudar sus relaciones.

Y a la mañana siguiente, Rodolfo se dirigió a casa de Nina a enterarse realmente del estado de aquella criatura que adoraba.

Cuando supo que vivía, un estremecimiento de felicidad le invadió el corazón.

El barón de Bihl le introdujo en el cuarto donde ella estaba en la cama.

—¡Oh, Nina!... ¿estás herida?... ¿Por qué hiciste eso?

—No fué nada—murmuró ella, sonriente—. Un rasguño... y nada más... Pero lo hice para que comprendieras que quería ser libre por encima de todo... que odiaba los conflictos sentimentales como el que tenías tú y el conde...

y prefería morir antes de que os matárais por mi causa...

—¿Por qué ya no me quieres?

—Por tu felicidad... Rodolfo, me juraste un día que me querías sólo como a una hermana... Hicimos mal en no respetar el juramento. Yo no puedo ser para ti... Vuelve la cara hacia donde tú dejaste la verdadera felicidad, Rodolfo.

Y le señaló una puerta por donde apareció la figura humilde de María.

—¿María, aquí? dijo Rodolfo asombrado.

—Sí... la he mandado llamar, suponiendo que tú vendrías... Ella es más digna que yo... y te está esperando.

Una gran emoción se apoderó de Rodolfo que ante la vista de la huérfana comprendió que ella era realmente el amor.

María y la madre de Rodolfo, que había aparecido detrás de la puerta, se fueron acercando.

La presencia de aquellos dos seres deslumbró a Rodolfo, quien dijo a Nina:

—Todo lo comprendo ahora, Nina... Es verdad... no debía haberme apartado nunca del verdadero amor...

—¡Qué alegría me dan tus palabras!... Si el tiro ha dado en el blanco que tenía que dar, indudablemente ha sido un tiro de gracia...

—Nina, ¿qué buena eres!



—Nina, ¡qué buena eres!

—Te amaré siempre como una hermana, Rodolfo...

Sonreía tristemente, resignada en su sacrí-

ficio. Y Rodolfo, que volvía por fin al buen camino, acercóse a la humilde huérfana y la dijo, besándola:

—¡Perdón, María!... Ha sido una aberración de artista. ¡La verdad y el amor eres tú!



... Iba a visitar a la madre y a la esposa de Rodolfo...

• • •

Meses después Rodolfo conquistaba la fama, pues el retrato de Nina le abrió las puertas de la celebridad.

Casó con María... y ambos amaron en lo sucesivo a Nina con cariño fraternal.

Nina siguió su vida bohemia de artista, y olvidando por entero a Hans, dedicaba ahora sus atenciones al barón de Bibl, su "castigador" de turno y hombre rico que sabía regalar muchas joyas...

De vez en cuando iba a visitar a la madre y a la esposa de Rodolfo, como si quisiera gozar un poco de aquella felicidad que generosamente Nina había ofrecido a los demás... Y sonreía con melancolía ante aquella vida de hogar que no sería para ella...

FIN

GRAN ÉXITO

en las selectas

Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

de la cautivante novela

¡Ríe, payaso, ríe!...

por

por LON CHANEY

[PRONTO]

La Sinfonía Patética

Un cierto muchacho

Nostalgia

Dignos sucesores de

Los Cuatro Diablos

Volga, Volga

y

¡Ríe, payaso, ríe!...

en

**Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica**

EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.



BARCELONA: Barará, 16

MADRID: Caños, 1

E. B.

